

REFLEXIONES EN TORNO AL DÍA DE LAS FUERZAS ARMADAS

Por Alberto PIRIS
(Comandante de Artillería)

CONCLUIDA apenas la primera celebración del Día de las Fuerzas Armadas, puede decirse que se abre el plazo válido para aportar ideas aplicables a su próxima celebración en 1979.

El decreto publicado el pasado mes de mayo, que estableció el Día de las Fuerzas Armadas, a celebrar el domingo más próximo al 30 de mayo, festividad de San Fernando, indica en su preámbulo: «Los actos que constituyan su celebración han de contribuir a una cálida y verdadera integración del pueblo español con sus Ejércitos.»

Estos actos consisten esencialmente en un desfile militar, que cada año se llevará a cabo en una Capitania General distinta, así como un acto de homenaje a la Bandera de España, al cual se confiere carácter de «máxima solemnidad». En las restantes poblaciones se efectuarán actos de carácter cívico-militar en los días inmediatos, «que coadyuven a un mayor conocimiento de las fuerzas armadas por parte del pueblo».

Todo desfile es tradicionalmente un acto popular que atrae siempre a muchas personas. Para conseguir esa cálida y verdadera integración aludida en el decreto, es preciso que la mayor parte del trayecto oficial de las fuerzas que desfilan, antes de alcanzar el punto de dislocación, sea libremente accesible para la población. Habría que lograr que todos los que quisiesen presenciar el desfile pudiesen hacerlo con cierta comodidad, sin apreturas ni largas esperas para conservar el puesto tempranamente ocupado y sin correr riesgos innecesarios en difíciles equilibrios casi circenses. En la capital española donde en 1979 se organice

el desfile conmemorativo, debería calcularse generosamente su recorrido y reducir al mínimo imprescindible, exigido por el protocolo inevitable, las tribunas reservadas a los poseedores de invitación, por fácil que fuese conseguir una. La Prensa de la mañana podría incluir un informe detallado sobre las unidades que desfilan, con lo que además de cumplir su tradicional misión de preservar del sol, transformados en gorros de papel, los periódicos locales servirían de programa de mano al público, siempre curioso por conocer pormenores relativos a todo lo que pasa ante sus ojos.

No parece conveniente desplazar el homenaje a la Bandera a planos remotos, en un esfuerzo por conseguir máxima solemnidad, dejando al cuidado exclusivo de la transmisión televisiva el obtener la «cálida y verdadera integración» del pueblo con sus FF. AA. y sus banderas. La solemnidad no es siempre incompatible con audiencias multitudinarias y las banderas, arropadas al calor del pueblo al que pertenecen, no escucharían quizá los exhaustos producidos por viscerales, y, al parecer, inevitables, resentimientos de índole política, más propios a florecer en un ambiente restringido y unilateralmente elitista que en el olor de la multitud que voluntariamente asiste a una ceremonia por la simple razón de que ésta le gusta en sí misma y no porque piensa aprovecharla para otros fines

Por último, para «coadyuvar a un mayor conocimiento de las fuerzas armadas por parte del pueblo», ¿hay algo mejor que abrir por unos días nuestros cuarteles? Organice-mos en los patios de armas exposiciones de material militar, dejemos que los muchachos penetren en los carros de combate y otros vehículos, que hagan girar la manivela que mueve un poderoso cañón, que observen con atención las complejas herramientas de un taller de campaña, que se sienten en la cabina de un reactor fascinados por su panel de mandos... ¡Pero si estaremos además fomentando posibles vocaciones militares! Y no sólo hay que pensar en la gente joven, aparentemente más susceptible de sentir el hechizo de lo militar, sino en todos los ciudadanos, que tienen derecho a conocer los pormenores de nuestras actividades militares; todo eso puede completarse con exhibiciones in vivo, evoluciones de hombres y material, demostración de sus posibilidades... todo, en fin, lo que contribuya a lograr un mayor conocimiento de las FF. AA. por parte del pueblo, incluyendo proyecciones de películas o diapositivas en las salas de proyección de los cuarteles, abiertas por esos días al público, charlas orientativas con coloquios y cuanto la imaginación pueda aportar en este sentido.

Todo lo anterior no es nada nuevo en muchos otros países. La política de conocimiento mutuo entre pueblo y FF. AA. no es únicamente un estrechamiento de lazos con los representantes parlamentarios; ha de llegar con eficacia, a través de los cinturones suburbanos, hasta los pueblos más alejados e ignorados, pues tanto de unos como de otros proceden también los soldados de España.